

constante de la convivencia con la belleza de lo real, de la materia tangible, de lo observable, de la pintura.

Aún así, lo más importante de la producción literaria de Gaya se da en tres libros imprescindibles. Dos de sus tres ensayos y un intenso y polémico panfleto. (Obvio uno de esos ensayos, que carece de una unidad definida, el titulado *Milagro español*, que es más un inventario de artistas relevantes rescatados para su panteón particular y, tal vez por ello, el menos destacado de los tres libros ensayísticos que publicó). En el primero de dichos ensayos, *El sentimiento de la pintura*, despliega toda su poética, su concepción de la creación como un estrato superior, en el que el artista, transmutado en creador, genera vida, materia. De ahí que la línea de filiación en que se inserta sea la de la pintura de Velázquez, culmen de la de la escuela veneciana que se inicia con Tiziano, y sus continuadores: la gran escuela holandesa de Rembrandt, Vermeer y Van Gogh. Cualquiera que se haya detenido frente a un cuadro de estos pintores, no tanto así sus reproducciones, habrá podido sentir la extrañeza de que, pese a estar ante un objeto netamente bidimensional, sienta que se encuentra ante una escena real, algo tangible. Esa presencia de la vida, de lo palpable, es lo que considera Gaya la verdadera esencia de la creación, frente al arte que, como claramente señala, está directamente relacionado con el artificio, la impostura y, por extensión, la falsedad. Lo verdadero, lo *brutto*, lo presente, es la vida y eso sólo lo genera un creador, no un artista, viciado ya por la manera del cómo se debe pintar. Esta postura, hoy válida por, entre otros, el esfuerzo del propio Gaya, fue muy contestada en una época en que el arte era más una cosa mental, conceptual, que algo verdaderamente vivo y tangible. En pleno siglo del arte concep-

tual, Gaya parecía un anacrónico despojo de un arte pasado. Y quizás por eso se lanzó a escribir ese canto de amor a la pintura, a la materia de la que está hecha la vida, que es el siguiente de sus grandes ensayos: *Velázquez, pájaro solitario*. En este breve pero intensísimo libro refuerza sus planteamientos y enraíza su mirada en la vida –y no simulación de vida–, que es importante de la pintura velazqueña. Y lo hace, como en el libro anterior, con un estilo despojado de toda retórica, de vocabulario para entendidos. Su prosa es tan sencilla y asumible como la vida cotidiana, y ahí radica otro de sus méritos: hablar de arte de un modo llano y exacto.

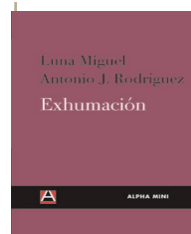
No es de extrañar que la radicalidad de su postura, que prescinde del exégeta, académico o crítico, fungiendo de hermeneuta para explicar al testigo –que no espectador– la creación artística, le valiera no pocos enfrentamientos. Quizá de ahí surge el radical, y por eso imprescindible, panfleto con el que cerró su labor como escritor: *Naturalidad del arte (y artificialidad de la crítica)*. Allí expone, y convence magistralmente, algo que todo creador ha pensado alguna vez, y que explicita en el segundo párrafo del texto: “Lo más patético del crítico de arte –de música, de poesía, de pintura– no es tanto que se equivoque y no entienda, sino que *entiende* de una cosa que... no comprende.” Lejos de las acostumbradas pataletas de los autores maltratados por la crítica, en el panfleto se señala el radical desajuste entre la creación, espontánea y natural, frente al alambicado soporte de la crítica que llega a ensalzar, interesadamente, aquello que es susceptible de ser analizado y requiere de su intervención, no aquello que se impone como real por su verdadera esencia y se presenta como algo vivo y real.

ANTONIO JIMÉNEZ MORATO

EXHUMACIÓN

Luna Miguel
y Antonio J. Rodríguez

Alpha Decay.
Barcelona, 2010. 60 págs.



Pese a su juventud, los dos escritores madrileños son ya suficientemente conocidos por los lectores de *Quimera*. Ambos firman

esta mininovela que consigue desarrollar en muy poco espacio una propuesta estética innovadora y sembrada de interesantes inferencias a los nuevos contextos de la vida hiperurbana. A través de la superposición de registros aparentemente tan alejados como la épica y la sátira de tendencias, va dibujándose un núcleo de personajes adolescentes atrapados en su fascinación por su mundo nocturno de clubes, sexualidad y culto a la belleza, que adquiere a través de la expresión literaria un aire pastoril y casi sacralizado. Por la exageración de elementos futuristas, la sintaxis contundente, las avalanchas referenciales y los rápidos giros argumentales, el texto transmite una sensación temporal que es la de nuestro tiempo: la aceleración. Antonio J. Rodríguez y Luna Miguel han sabido manejar con ironía experiencias vitales que se adivinan no demasiado lejanas a las suyas propias, para llevar a cabo una labor cada vez más popular entre la nueva clase intelectual; explorar lo superficial, en busca de lo profundo.

MIGUEL ESPIGADO